

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Dossier: Historia de las infancias en América Latina

Mirta Zaida Lobato, *Infancias argentinas* (Buenos Aires: Edhasa, 2019).

Leandro Stagno

*Universidad Nacional de La Plata / Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género –
Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires*

leandrostagno@yahoo.com.ar

Un libro coral. Así lo adjetivé en varias de mis notas marginales y en algunas conversaciones mientras lo leía, incluso apelé a esa imagen frente al mostrador de la librería durante un primer acercamiento curioso, asociado a pasar rápidamente sus páginas y detenerme en algunas. Decidí seguir el hilo de estas primeras intuiciones una vez concluida la lectura y busqué argumentos que me permitiesen definir a *Infancias argentinas* de esa manera. Un libro coral por la polifonía de voces convocadas para analizar visual y textualmente los mundos infantiles en la Argentina desde fines del siglo XIX, voces de investigadoras e investigadores que han estudiado diferentes aristas del proceso de construcción histórica de las infancias y de quienes han narrado acotadas experiencias infantiles en poesías, cuentos y novelas. Coral en el montaje de los materiales que componen un mapa de problemas y experiencias infantiles, enunciados por Mirta Lobato como retazos que encontró y fue cosiendo —“más que cocina de la investigación, sería un taller de costura”, nos dijo en una reciente presentación—. Argumentación compuesta de manera coral, referida a distintas escalas temporales y

espaciales, atenta a destacar la diversidad de formas de transitar la infancia y fundamentada en múltiples enfoques y perspectivas.

Testimonio público de un gesto generoso. El libro pone a disposición valiosas fuentes documentales halladas en las exploraciones, la terquedad, los naufragios y los desvelos del archivo, operaciones sostenidas por una intransferible y por momentos inexplicable pasión. Esta apuesta nos ha permitido conocer revistas escasamente exploradas por la investigación histórica, fotografías del fondo documental del Archivo General de la Nación y del Museo de Berisso, fotogramas cinematográficos, encuadres televisivos e ilustraciones incluidas en publicidades de la prensa gráfica. Generosidad de quienes compartieron fotos atesoradas en álbumes familiares y hojas de cuadernos escolares, registro y evocación de la propia infancia y la de hijos e hijas, testimonio de escenas amorosas, de miradas perdidas y añoradas. Generosa ha sido la empresa de señalar vacancias y ofrecer ideas para formular preguntas de investigación, iniciativas que podrán confluir en nuevos aportes al campo de los estudios históricos de la infancia.

El prólogo enuncia una consigna lúdica ligada a presentar al libro como un rompecabezas: “los lectores y las lectoras pueden restaurar las piezas, las imágenes, para pensar su propia experiencia y la de la sociedad en su conjunto” (p. 14). A mi juego me llamaron, pienso. Me reconozco niño ante las escenas escolares de una ficción que ensalza a Jacinta Pichimahuida y en el recuerdo de unas trillizas de dorados cabellos largos, soy lector de los números de la revista *Billiken* legados por mi mamá y por vecinos que ya no se reconocían niños, vuelvo a la incomodidad de no saber qué hacer frente a una pelota de fútbol, compruebo que el álbum fotográfico de mi familia incluye pocas escenas de vacaciones pero suma varias en la calesita de alguna plaza de La Plata, en la República de los Niños y en un circo instalado en los baldíos que pervivían en la ciudad. Observo las piezas del mentado rompecabezas, las reordeno y ofrezco a las lectoras y los lectores de esta reseña seis entradas para presentar el contenido del libro y a quienes han oficiado como autoras y autores.

Primera entrada: infancias y familias. Isabella Cosse sugiere pensar de manera conjunta a las infancias y las familias, en vistas a que las tareas de cuidado y crianza, así como los afectos y recursos asociados, han construido socialmente a la infancia y han involucrado a madres, padres y demás parientes en procesos culturales, económicos y políticos. Además de variar a lo largo del tiempo y las geografías, las dinámicas familiares aportaron elementos constitutivos del proceso de conformación de jerarquías sociales. Las seguridades de las que disfrutaban las familias encumbradas confrontaban con las dificultades que debían atravesar los sectores populares a la hora de cuidar y criar a los niños y las niñas. Solo las primeras podrían proyectar un cuarto infantil, caracterizado por Ana María Rigotti como una habitación especialmente equipada con libros y juguetes, decorada con motivos y láminas que proponían estimular inquietudes científicas y artísticas. En los años sesenta, los ideales asociados a la entronización de la autonomía infantil y los postulados del nuevo paradigma de crianza profundizaron estas diferencias, en tanto exigían condiciones materiales de las que no gozaban todas las familias. Como sostiene Isabella Cosse, Juanito Laguna, el niño representado en la obra plástica de Antonio Berni, evocaba en ese escenario “la contracara de los sueños modernizantes de un tiempo que abrió paso a la utopía, pero también al desencanto” (p. 26).

El desarraigo vivido por las familias que debieron enfrentar procesos migratorios tiñó las experiencias infantiles. Enrique Mases puntualiza sobre el sistema de distribución impuesto a las comunidades indígenas al finalizar el siglo XIX y tras la ocupación militar de sus territorios, con el consecuente traslado de las familias, la disolución forzada de los vínculos y el posterior reparto de sus integrantes. Frente a tales situaciones, los niños y las niñas indígenas fueron habitualmente asociados a nuevas familias a través de su colocación en el servicio doméstico o internados en instituciones públicas. Un diálogo entre Mirta Lobato y María Bjerg advierte sobre la presencia de similares desavenencias en el contexto de la inmigración ultramarina que inauguró el siglo XX, factibles de constatar en el duelo forjado al calor de múltiples pérdidas: la ruptura de vínculos filiales, el compulsivo olvido de un idioma, el cambio de un paisaje geográfico, la añoranza del sabor del pan amasado en la panadería del pueblo natal. En una intolerable repetición, el exilio escenificado en el contexto de la última dictadura cívico-militar, con el consabido plan sistemático de apropiación de niños y niñas y la desaparición y asesinato de sus padres y madres.

Segunda entrada: infancias y escuelas. Según Silvia Finocchio, el proceso de escolarización priorizó el despliegue de una serie de prácticas que motorizaron normas de civilidad y ciudadanía a partir de las cuales los niños y las niñas aprendían a saludar, a estar con otros, a hablar y callar: en otras palabras, les enseñaban a ser alumnos y alumnas. Las trayectorias escolares sumaban aprendizajes referidos al dominio de la cultura letrada y de los saberes intelectuales reconocidos como socialmente legítimos; suponían, además, la transmisión de valores médicos e higienistas asociados a la salud física que Karina Ramacciotti analiza de manera exhaustiva en este libro.

Los cambios en los edificios escolares reseñados por María Fernanda Lorenzo, Selene Román y Lizel Tornay se vinculaban con las ideas médicas y pedagógicas que abogaban por la salud de los y las escolares, al tiempo que incluían la edificación de un patio para escenificar ejercicios físicos y abogaban por los beneficios de garantizar la presencia de aulas bien ventiladas. Del mismo modo, sus precisiones sobre la homogeneización proyectada desde la escuela contribuyen a pensar a las infancias escolarizadas en la intersección de procesos políticos y sociales. Las efemérides donde se representaba y celebraba la conducta cívica definida como legítima —que podían incluir desfiles y marchas de tintes castrenses— inventaban la nación argentina desde la escuela y hacían rasero respecto de otras identidades nacionales. El guardapolvo también contribuía a homogeneizar a la población infantil desde el entramado educativo, táctica que adquiriría una significación ligada con un principio de igualdad. La fotografía incluida en el apartado escrito por Diego Armus, referido a los tiempos en los que “fumar era una fiesta”, da cuenta de la difícil concreción de este último ideal: el guardapolvo blanco unificaba la apariencia de los dos niños retratados en la salida de la escuela, pero sus zapatos indicaban que esa experiencia no estaba exenta de diferencias basadas en jerarquías de clase. Finalmente, la contribución de Federico Lorenz —otra pieza del rompecabezas— describe las prácticas escolares durante el conflicto bélico por las islas Malvinas, asociadas a la enseñanza de la historia y la geografía del archipiélago, a la redacción de cartas a los combatientes y a los simulacros ante la eventualidad de un bombardeo británico.

Tercera entrada: infancias, prácticas de sociabilidad y consumos. El libro reseñado aporta imágenes y textos que permiten conocer una serie de prácticas de sociabilidad integradas al mundo infantil en la Argentina del siglo XX: encontrarse en una función de circo, en un desfile de carnaval o en una sala cinematográfica, jugar en calles, veredas y baldíos, apostarse frente a un aparato de radio o compartir una merienda que sumaba los sonidos y las imágenes de una ficción televisiva. Sus apartados refieren, además, al diseño y comercialización de juguetes, libros y revistas que interpelaron a las infancias desde el consumo.

María Paula Bontempo y Laura Vazquez centran la atención en las revistas infantiles. En las aulas, *Billiken* remozaba el auxilio de las lecciones impartidas en diccionarios, guías y breviaros a la hora de realizar una tarea escolar. *Antejito* también iba a la escuela y, simultáneamente, pretendía educar a pares etarios y a personas de mayor edad, desde una épica que lo consagraba como mejor alumno, mejor lector y mejor amigo. En sus portadas o sus páginas, ambas revistas incluían publicidades de variados productos, los específicamente destinados al mundo infantil, los que eran pensados como parte de los consumos propios de la vida adulta y aquellos que remitían a una modernización en ciernes. Como lo señala María Paula Bontempo, la muñeca Marilú y la revista homónima fueron epítomes de la construcción de las infancias como consumidoras en los años treinta; estas iniciativas de la Editorial Atlántida focalizaban sobre las niñas y les ofrecían guiones para una performance basada en la división de género que confinaba a la mujer a las tareas domésticas y definía la identidad femenina en función de la maternidad.

En la pantalla grande o en la de pequeñas dimensiones, las infancias fueron incluidas en las audiencias y en los guiones de las ficciones representadas. Mirta Varela recuerda que la primera grilla de programación televisiva sumó un show infantil que replicaba su versión radial. Una vez integrada la televisión a la vida cotidiana y en plena expansión de los canales privados, actores y actrices infantiles nacían en los sets televisivos y allí protagonizaban programas dirigidos al público menudo y a otro de dimensiones más amplias. Gabriela Barolo reseña las películas centradas en problemáticas que afectaban principalmente a los niños y donde ellos interpretaban papeles secundarios. Del mismo modo, Barolo remite a otros largometrajes donde eran protagonistas de las tramas con diversas motivaciones: alentar miradas nostálgicas de la infancia como un refugio

de inocencia, denunciar los maltratos de las instituciones asilares, poner de manifiesto el dificultoso tránsito por la escuela obligatoria, mostrar las diferencias de vivir la infancia en los espacios urbanos y los rurales.

Cuarta entrada: infancias y trabajo. Según Juan Suriano, el trabajo infantil no predominaba en los registros oficiales de la primera mitad del siglo XX, aunque las actividades agropecuarias, el transporte y la construcción sumaban a niños y a niñas. En estas estadísticas, las mayores frecuencias se concentraban en las grandes ciudades, donde la población infantil se empleaba en comercios, industrias y en el servicio doméstico. Por su parte, menores de edad se integraban a los obrajes, viñedos, yerbatales o algodonales, una dinámica que se incrementó en el correr de los años sesenta y setenta. En diálogo con estas precisiones, Ludmila Scheinkman asegura que la presencia de los niños en las fábricas de la Capital Federal era frecuente a fines del siglo XIX y principios del XX. La mecanización de la producción los enrolaba en tareas que demandaban destrezas motrices, pericia y repetición. En estos trabajos se incluían los niños pobres a fin sumar un jornal a los magros recursos del grupo familiar; hasta allí también eran conducidos los niños tutelados por el Estado bajo la figura de la colocación.

Las calles también fueron escenarios laborales para un sector de la población infantil. Ana Lía Rey describe y analiza al canillita, figura por antonomasia del trabajo callejero durante el novecientos y foco de ingentes ansiedades adultas. Precisamente, los argumentos de Lila Caimari permiten comprender a estos vendedores de diarios en una zona del universo laboral infantil que evocaba “el riesgo de la metamorfosis del niño en menor”, cuyos marcos de referencia no eran ni la familia ni la escuela, sino los bordes ilegales de la calle. En este contexto, Caimari define a los niños delincuentes como “sombra perturbadora del crecimiento urbano”, en tanto “han quedado al margen del proyecto de modernización y en más de un sentido son su resultado” (p. 140).

Las citadas alarmas no remitían al trabajo actoral de niños y niñas, aunque sus cotidianidades no siempre se ajustaban a los ideales proyectados para esta etapa de la vida. Las infancias transcurridas en las caravanas circenses, caracterizadas por Ana Broitman, no estaban regidas por el calendario escolar ni se ajustaban a una rutina diaria que delimitase una hora para ir a dormir y

otra para levantarse. Por su parte, Mirta Varela refiere a las niñas que, por ser trillizas y mellizas, fueron configuradas como las imágenes de dos canales de televisión y, en tanto tales, simbolizaban la competencia entre ambas emisoras, por el público y por las resultantes ganancias económicas. En el mismo sentido, Varela ubica a las niñas actrices que interpretaban las desavenencias de la orfandad, con madres o tutoras de apariciones y apariencias angelicales.

Quinta entrada: infancias y política. En su apuesta por analizar visualmente los mundos infantiles, el libro selecciona siete imágenes que remiten a la intersección entre infancias y políticas. 2002, La Matanza. En un corte de ruta para reclamar la obtención de planes sociales que no superaban los 150 pesos mensuales, un niño observa de cerca el humo negro producido por la incineración de una fila de cubiertas. 1976, Parque Patricios. Un niño mira de costado el operativo militar que irrumpe en una villa, apoyado en la cerca de madera que, quizá, demarcaba los límites de su casa. 1950, Capital Federal. Niños y niñas provenientes de Santiago del Estero pasean por las calles porteñas, en el marco de un viaje organizado por la Fundación Eva Perón. 1934. La tapa de *Vida femenina* invita a sumarse a la cruzada socialista por una “infancia libre y feliz”. 1923. La ilustración de una portada del periódico *Compañerito*, editado por el Partido Comunista, representa una ronda infantil en torno a la que se enuncia como “la única bandera de fraternidad”. 1921, Monserrat. Niños y niñas esperan recibir los juguetes obsequiados por la Liga Patriótica Argentina. 1911. Una mujer alza a un bebé en medio de una multitud de rostros y banderas y herramientas de trabajo, ilustración en tapa de la publicación anarquista *Francisco Ferrer*. Andrea Andújar, Luciana Anapios, María Marta Aversa, Dora Barrancos, Hernán Camarero y Ricardo Martínez Mazzola ofrecen argumentos clave para analizar estas imágenes desde el prisma de la participación de niños y niñas en actividades políticas.

Las políticas de infancia proyectadas durante el siglo XX complementan esta entrada. Karina Ramacciotti puntualiza sobre las diferentes aristas asociadas a las políticas referidas al cuidado de la salud infantil. Acciones dirigidas a fortalecer el binomio madre-hijo que motorizaron demandas por una acción estatal que pudiese garantizar las condiciones materiales y morales asociadas a los ideales anudados en torno al modelo de familia nuclear. Campañas de vacunación, co-

medores escolares y colonias de vacaciones que pretendían extender los principios higienistas a un número mayor de niños y niñas, a fin de intervenir sobre la salud del cuerpo individual y desde allí a la salud del cuerpo social. Acciones que constituyeron a las madres de los distintos sectores sociales como sus principales destinatarias, tanto los consejos propiciados por el médico de familia entre los sectores más acomodados, como la acción de las visitadoras de higiene y la asistencia de los Dispensarios y los Institutos de Puericultura en el caso de los sectores populares. Por su parte, María Cristina Erbaro remite al reconocimiento de los derechos de niños, niñas y adolescentes asociados a los postulados de la Convención Internacional de los Derechos del Niño, promulgada en 1989 por la Asamblea General de las Naciones Unidas. En la Argentina, esta retórica de derechos se enfrentaba a las desigualdades y las exclusiones resultantes de la implementación de políticas de raigambre neoliberal y se inscribía, además, en un contexto signado por la reciente transición democrática y por la denodada participación pública de organismos y grupos vinculados con la defensa de los derechos humanos, entre ellos, quienes denunciaban la apropiación de niños y niñas durante la dictadura cívico-militar.

Sexta entrada: infancias y artes visuales. Como suele decirse, *last, but not least*. Cecilia Belej y Sandra Szir proponen analizar los modos de representar y de mirar a las infancias argentinas desde las artes visuales. En tanto finalidad transversal al libro, los recorridos que ambas investigadoras proponen bien podrían sumarse a las anteriores entradas reseñadas: “el niño y la familia”, “los niños como parte del paisaje urbano y rural”, “niño burgués, niño marginal”, “el niño como metáfora de lo nacional”, “mundos creados con objetos de la infancia”, “el niño y sus ausencias”.

Las entradas reseñadas permiten reconocer los problemas de investigación que abrieron el campo de los estudios históricos de la infancia en la Argentina. Desde la historia social, Juan Suriano aportó tempranamente a este campo, a partir de documentar la participación de niños y niñas en distintos espacios laborales, y de analizar las regulaciones legales y las denuncias formuladas desde el anarquismo y el socialismo respecto a las condiciones en las que se desarrollaban

tales experiencias. Contemporáneamente, Mirta Lobato sistematizó los registros de personal de los frigoríficos Swift y Armour y organizó talleres de historia oral en Berisso, fuentes privilegiadas para comprender aspectos centrales del trabajo desarrollado por mujeres, niñas y niños y, además, para subsanar las lagunas de los datos censales que omitían el registro del trabajo infantil. En el marco de estas seminales investigaciones de historia social suscitadas a comienzos de la década de 1990, Dora Barrancos estudió la participación de niños y niñas en acciones de propaganda, difusión y entretenimiento obrero en el despuntar del siglo XX; del mismo modo, puntualizó sobre las instituciones escolares y las matinées infantiles prohijadas por los adultos y las adultas del movimiento obrero para el cuidado y la educación de la infancia.

Los argumentos presentados en las seis entradas también remiten a las investigaciones que en la última década contribuyeron a consolidar el citado campo. Entre ellos, los estudios de Isabella Cosse problematizaron la emergencia de una normatividad familiar homogénea y excluyente durante los años iniciales del siglo XX, contexto donde resaltaba una pluralidad de formas familiares; situada en el primer peronismo, su indagación remitió a los cambios sucedidos en materia de los derechos de niños y niñas que habían nacido en los márgenes de dicha normatividad familiar e informó que los discursos sobre la familia y la infancia fueron dimensiones decisivas de las luchas políticas y culturales del momento. Por su parte, el análisis de María Paula Bontempo sobre *Billiken* advirtió sobre la centralidad conferida a los niños y las niñas en estrategias empresariales que, además de configurar un público lector, procuraban interpelar a las infancias y a las familiares desde el consumo. Finalmente, el libro suma argumentos de consolidadas líneas de investigación de las cuales la historia de la infancia se ha beneficiado denodadamente: me refiero a los estudios de historia de la educación de Silvia Finocchio, la historia sociocultural del delito forjada por Lila Caimari, las precisiones sobre las políticas sociales en general y las sanitarias en particular de Karina Ramacciotti, tanto como los análisis sobre la historia de los medios de comunicación y de las artes visuales dirigidos, respectivamente, por Mirta Varela y Sandra Szir.

Mirta Lobato abrió la puerta para ir a jugar, lejos de la ñoña y a la vez preocupante canción infantil que incluye la consigna homóloga, donde se alienta a buscar señoritas casaderas dispuestas a coser y bordar —sólo dispuestas a aceptar el cortejo y a desplegar tales destrezas, al parecer, imposibilitadas de proponer otros cursos de acción—. ¿Quién se ofrece a armar el rompecabezas nuevamente?